

J. K. ROWLING

EL
CERDITO
DE
NAVIDAD

Ilustraciones de
JIM FIELD



Dito es el juguete preferido de Jack. Siempre ha estado a su lado, en los buenos y malos momentos.

Hasta que el día de Nochebuena sucede algo terrible: Dito se pierde. Pero es una noche especial, una noche para los milagros y los casos perdidos, una noche en la que los objetos, incluidos los juguetes, pueden cobrar vida. Y el juguete que le han regalado a Jack, el nuevo cerdito de Navidad (el frustrante sustituto de Dito), tramará un plan muy arriesgado.

Juntos se embarcarán en un viaje mágico para intentar recuperar y salvar al que hasta ahora ha sido el mejor amigo de Jack.

Índice de contenido

Primera parte: Dito

Capítulo 1. Dito

Capítulo 2. Papá y mamá

Capítulo 3. Cambios

Capítulo 4. Holly Macaulay

Capítulo 5. El Dito de Holly

Capítulo 6. Más cambios

Capítulo 7. No es tu papá

Capítulo 8. El ángel de tubo de papel higiénico

Capítulo 9. Nochebuena

Capítulo 10. La angelita nueva

Capítulo 11. Perdido

Capítulo 12. El cerdito de Navidad

Capítulo 13. La noche de los milagros y los casos perdidos

Capítulo 14. Encogido

Segunda parte: Extraviadas

Capítulo 15. Debajo del árbol

Capítulo 16. Extraviadas

Capítulo 17. Las tres puertas

Capítulo 18. El prisionero

Capítulo 19. Cosas equinas

Capítulo 20. El burro de mimbre

Tercera parte: Desechables

Capítulo 21. Desechables

Capítulo 22. Reajustes

Capítulo 23. El plan

Capítulo 24. La fiambreira

Cuarta parte: Dónde-lo-habré-metido

Capítulo 25. Dónde-lo-habré-metido

Capítulo 26. La agenda de Doña Rosita

Capítulo 27. El alcalde rallador de queso

Capítulo 28. Triturador

Capítulo 29. Poesía y Paripé

Capítulo 30. El túnel

Quinta parte: El Páramo de los Baladís

Capítulo 31. Brújula

Capítulo 32. La angelita rota

Capítulo 33. La historia del conejito azul

Capítulo 34. Los malos hábitos

Capítulo 35. El Perdedor

Capítulo 36. Cardos

Capítulo 37. La vía del ferrocarril

Capítulo 38. El portal de la ciudad

Sexta parte: La Ciudad de las Añoradas

Capítulo 39. La Ciudad de las Añoradas

Capítulo 40. Perseguidos

Capítulo 41. Los intérpretes

Capítulo 42. La invitación del rey

Capítulo 43. El palacio

Capítulo 44. La familia real

Capítulo 45. El rey

Capítulo 46. El plan del poder

Capítulo 47. Las dos últimas invitadas

Capítulo 48. La huida

Capítulo 49. La historia de la esperanza

Séptima parte: La Isla de los Bienamados

Capítulo 50. La Isla de los Bienamados

Capítulo 51. La verdad

Capítulo 52. Un amigo famoso

Capítulo 53. El viaje en trineo

Capítulo 54. Regreso al páramo

Octava parte: La Guarida del Perdedor

Capítulo 55. El cráter

Capítulo 56. La Guarida del Perdedor

Capítulo 57. La última esperanza

Novena parte: En casa

Capítulo 58. Encontrado

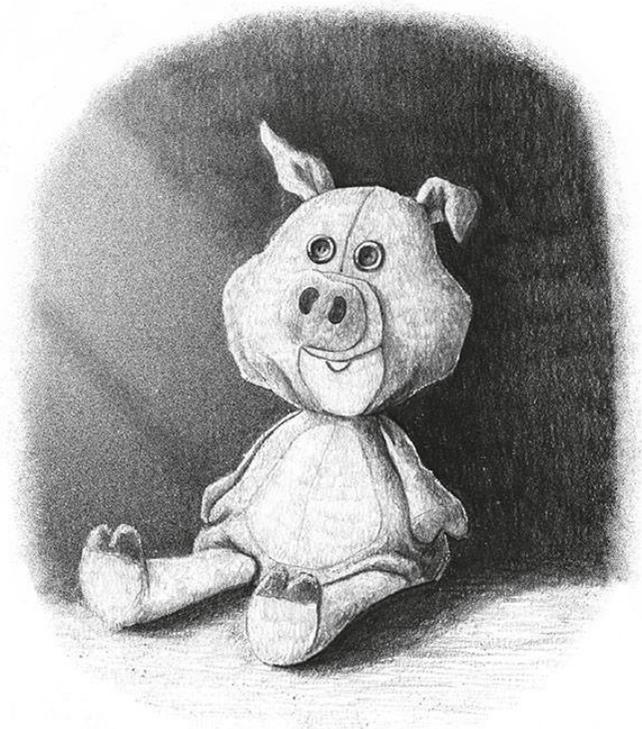
Agradecimientos

Sobre la autora

Sobre el ilustrador

A David
J. K. Rowling

Para Sandy y Lola
Jim Field





PRIMERA PARTE:
Dito



Dito era un cerdito de juguete hecho de suavísima tela de toalla. Tenía la barriga rellena de bolitas de plástico, por eso era tan divertido lanzarlo al aire. Sus patas, blanditas, eran del tamaño perfecto para enjugarse las lágrimas. Cuando su dueño, Jack, era más pequeño, todas las noches se quedaba dormido chupándole una oreja.

Dito se llamaba así porque, cuando Jack empezó a hablar, decía «Dito» en lugar de «cerdito». Cuando era nuevo, era de un rosa salmón y tenía unos ojos de plástico negros y brillantes, pero Jack ya no se acordaba de aquello; para él, Dito siempre había sido gris y descolorido, con una oreja que de tanto chupeteo se le había quedado torcida. Se le cayeron los ojos y durante un tiempo tuvo dos agujeritos en la cara, pero la madre de Jack, que era enfermera, le cosió unos botones para reemplazar las cuentas de plástico que se habían perdido. Esa tarde, cuando Jack volvió de la guardería, encontró a Dito sobre la mesa de la cocina, envuelto en una bufanda de lana, esperando a que él le quitase el vendaje que le tapaba los ojos. Su madre incluso había escrito un informe médico: «Dito Jones. Operación: coser botones. Cirujana: mamá».

Desde que tenía dos años, Jack nunca se iba a la cama sin su cerdito, lo que a menudo causaba problemas porque, cuando llegaba la hora de acostarse, Dito casi nunca aparecía. A veces, los padres de Jack tardaban mucho en encontrarlo y al final salía de los sitios más insospechados: de dentro de unas zapatillas de deporte o de una maceta.

—Pero ¿por qué lo escondes, Jack? —le preguntaba mamá cada vez que encontraba a Dito acurrucado en un cajón de la cocina o debajo de un cojín del sofá.

La respuesta era un secreto entre Jack y Dito: Jack sabía que a su muñeco le gustaban los rincones acogedores donde podía acurrucarse y dormir.

A Dito le gustaba hacer las mismas cosas que a Jack, por ejemplo, meterse a gatas debajo de los matorrales o

en pequeños escondites, y también que lo lanzasen al aire (a Jack le gustaba que lo lanzase su padre y a Dito, que lo lanzase Jack). A Dito no le importaba ensuciarse ni caer por error en un charco siempre que Jack y él estuviesen pasándolo bien juntos.

Un día, cuando Jack tenía tres años, metió a Dito en el cubo del reciclaje. Había oído a su madre decir que aquel cubo era para «reciclar», y la palabra, que no conocía, le hizo pensar en una bicicleta, así que esperó a que ella saliera de la cocina y metió a Dito en el cubo creyendo que, cuando le pusiera la tapa, el muñeco podría darse una vuelta en bici. Su madre se rió mucho cuando él le confesó que no paraba de asomarse al interior del cubo porque intentaba pillar a los objetos que había dentro dando vueltas. Entonces ella le explicó que «reciclar» no tenía nada que ver con montar en bicicleta. Las cosas que metían en aquel cubo se las llevaban para convertirlas en otras cosas, de modo que pudieran tener una vida nueva. Como es lógico, Jack no quería que Dito se marchara ni que lo convirtieran en otra cosa, así que nunca volvió a meterlo en el cubo del reciclaje.

Dito corría muchas aventuras y eso le daba un tufillo muy interesante que a Jack le encantaba. Era una mezcla de olores: el de los sitios que había visitado, el de la cueva tibia y oscura de debajo de las sábanas de Jack y un poquito el de la fragancia de la colonia de mamá porque ella también abrazaba y besaba a Dito cuando iba a darle las buenas noches a su hijo.

De vez en cuando, mamá decidía que Dito apestaba un poco más de la cuenta y que necesitaba un lavado a fondo. La primera vez que metió a Dito en la lavadora, Jack se tumbó en el suelo de la cocina y se puso a chillar de rabia y de angustia. Su madre intentó explicarle que el cerdito se lo estaba pasando en grande girando en el tambor, pero Jack no la perdonó hasta que, esa misma noche, Dito volvió a la cueva de debajo de las sábanas seco, suave y

oliendo a detergente para la ropa. Jack pronto se acostumbró a que metieran a Dito en la lavadora, pero siempre esperaba impaciente a que recuperase su tufillo particular.

Lo peor que le había pasado a Dito era que, cuando Jack tenía cuatro años, lo había perdido en la playa. Papá ya había recogido las toallas y mamá estaba ayudándolo a ponerse la camiseta cuando, de pronto, Jack se acordó de que había enterrado a su cerdito en algún sitio, aunque no sabía exactamente dónde. Lo buscaron hasta que empezó a ponerse el sol y la playa se quedó casi completamente vacía. Su padre estaba enfadadísimo y Jack lloraba a lágrima viva, pero su madre le repetía que no debía perder la esperanza y seguía excavando por todas partes con las manos. Entonces, justo cuando su padre estaba diciendo que iban a tener que marcharse sin Dito, Jack hundió un pie descalzo en la arena y sus dedos tocaron algo blandito. Aún llorando, pero de felicidad, desenterró a su muñeco. Su padre dijo que no volverían a llevárselo a la playa, pero a él le pareció muy injusto porque a Dito le encantaba la arena y ésa era precisamente la razón por la que él lo había enterrado.



Papá y mamá

Poco antes de que Jack empezase a ir al colegio, llegó una carta en la que se pedía a los padres que los niños llevaran su muñeco de peluche favorito el primer día de clase. Todos los compañeros de Jack, sin excepción, llevaron un osito, pero Jack, por supuesto, llevó a Dito. Fueron saliendo a la pizarra por turnos y explicaron cómo se llamaban sus respectivos muñecos y por qué les gustaban tanto. Cuando le tocó a Jack, les explicó por qué Dito se llamaba así, lo de la operación de los ojos y lo del día en que se quedó enterrado en la playa y estuvo a punto de perderse para siempre. Las historias y las aventuras de Dito hicieron reír a toda la clase y, cuando terminó de hablar, todos aplaudieron. No había duda de que Dito era el muñeco más gracioso y más interesante, aunque también fuese uno de los más andrajosos. A la hora del recreo, Jack y un niño que se llamaba Freddie jugaron a pasarse a Dito, y a Jack se le cayó en un charco, así que esa noche hubo que volver a meterlo en la lavadora.

Cuando Jack tenía un mal día en el colegio (cuando sacaba malas notas, o se enfadaba con Freddie, o alguien se

burlaba de su cuenco de arcilla porque le había quedado torcido), Dito estaba esperándolo en casa para enjugarle las lágrimas con sus blandas patitas. Cuando le pasaba algo, fuera lo que fuese, Dito estaba a su lado, comprensivo, dispuesto a perdonar y con aquel reconfortante olorcillo a hogar que siempre recuperaba por mucho que mamá lo metiera en la lavadora.

Una noche, cuando hacía poco que había empezado el curso, a Jack lo despertó un ruido. Buscó a Dito a tientas y lo abrazó en la oscuridad.

Alguien estaba gritando, y su voz se parecía mucho a la de su padre. Luego oyó que algo se rompía y a una mujer que gritaba: parecía la voz de su madre, pero la forma de hablar era muy diferente. Jack estaba asustado. Se quedó escuchando un rato más, tapándose la boca y la nariz con Dito, y notó que el cerdito también tenía miedo.

Supuso que sus padres estaban enfrentándose a un ladrón. Sabía qué número tenía que marcar para llamar a la policía, así que se levantó de la cama a oscuras y fue hasta el rellano procurando no hacer ruido. Luego bajó la escalera de puntillas sin soltar a Dito. Su padre seguía gritando y su madre seguía chillando; sin embargo, Jack no conseguía distinguir la voz del ladrón.

Entonces la puerta del salón se abrió de par en par y su padre salió al recibidor dando grandes zancadas. No iba en pijama, sino que llevaba unos vaqueros y un suéter, y no vio a Jack en la escalera. Abrió la puerta de la calle, salió y cerró de un portazo. Jack le oyó encender el motor del coche, que estaba aparcado en el camino de la casa. Y entonces su padre arrancó y se marchó.

Jack entró sin hacer ruido en el salón. Había una lámpara en el suelo y su madre estaba sentada en el sofá, tapándose la cara con las manos y llorando. Al oír los pasos de su hijo, levantó la cabeza sorprendida y empezó a llorar más fuerte que antes. Jack pensó que su madre se lo explicaría todo y lo tranquilizaría, pero cuando corrió a su